



REVISTA LITERARIA

(DICIEMBRE, 1889)

La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique), por
Boris de Tannenberg (Paris, Librairie Académique Didier).

Los franceses hacen alarde de practicar un cosmopolitismo generoso, y en un sentido no les falta razón, pero sí en otros. Ese cosmopolitismo es evidente por lo que toca á considerar á Francia como el moderno *umbilicum terrae*, el centro de todas las miradas, el atractivo supremo de la civilización moderna. Ser admirados por todos los pueblos, imitados, seguidos y visitados por ciudadanos de todas las naciones, les agrada, los llena de orgullo, y para lograr tal efecto no perdonan esfuerzo ni sacrificio. En punto á literatura, que es de lo que tratamos, hacer del espíritu francés un imán, es su mayor gloria; aunque parece que lo disimulan, porque no cuentan con el gusto ni con el juicio de esos pueblos lejanos, de los cuales saben que son atentos espectadores de la co-

media literaria de París. Hacen como que no piensan en el público, en el extranjero; ventilan sus cuestiones nacionales como si no hubiera más mundo, y las universales como si fueran nacionales también. Un escritor notable, Edmundo Goncourt, llega á decir en el prólogo de una novela, *Cherie*, que él no escribe para que le entiendan extranjeros, ni siquiera el francés del Canadá (todo lo contrario de algunos de nuestros *cucos* académicos, que no escriben más que para los americanos): un crítico moderno, joven, M. Hennequin, ya difunto, más obligado que el novelista á saber lo que pasa en otras partes, á pesar de escribir nada menos que un nuevo sistema de crítica, que llama científica, al reseñar el estado de la ciencia estética moderna y de la crítica literaria, apenas cuenta con más nombres que algunos franceses, desdeñando sin miedo todo lo demás que no conoce, y gracias si cita á Jorge Brandes, poco menos que con desprecio; este mismo crítico científico, que mete en cuadros de clasificaciones de *historia natural* el genio del orbe terráqueo, entero, en grupos de escritores, al llegar á España concluye con este pisto graciosísimo:

NOVELA PICARESCA.

Calderón.	Quevedo.
Imitación de Francia.	Imitación de Inglaterra.
Hartzenbusch.	Bretón de los Herreros, etc.;

y se acabó la literatura española: Guyau, otro crítico, muerto también, también joven, consagra un libro entero de sus *Problemas de la estética contemporánea* al estudio del verso... francés (1), como si el quicio de las leyes rítmicas se encerrara en los alejandrinos de Racine y de Víctor Hugo: el mismo Zola dictó leyes naturalistas al mundo entero, sin más experiencia apenas que la de la novela francesa del siglo presente; y, en fin, es general esa nota en los más insignes escritores franceses, este olvido de los demás, á los que ni siquiera conceden los honores de *pío* y *discreto lector* y de *ilustrado público*; si bien en las cuentas que echan con los editores y en las que echan con su vanidad, es claro que entra por mucho el comercio de exportación literaria.

A pesar de lo cual, no falta quien diga por allá que los franceses estudian y propagan las literaturas de todos los países que la tienen. No es verdad. Cierto que en Francia se traduce mucho, aunque en materia de pura literatura no tanto; pero el estudio serio y concienzudo y la traducción sabia, propiamente artística, de las obras de arte extranjeras, no están en proporción, ni con mucho, del

(1) Menéndez y Pelayo censura este exclusivismo de Guyau también; mas por mi parte debo añadir, en justicia, que mucho de lo que dice el malogrado filósofo de la relación del verso á la idea, es de valor general y está muy bien pensado.

trabajo intelectual allí consagrado á la producción nacional exclusivamente (1). Ya no hay un Chateaubriand que traduzca á Milton, y faltan y han faltado siempre, los Schlegel, dedicados á aclimatar con alientos de gran ingenio las obras maestras de países lejanos. En general, hoy el literato francés se distingue por saber pocos idiomas; por desconocer las literaturas modernas. Esto se descubre, entre otros síntomas, en lo poco que han influido en el espíritu de muchos de ellos algunos escritores insignes ingleses, alemanes, italianos, que de fijo serían mucho más citados si tuviesen una *historia* dentro del alma de los literatos franceses. Sirva de ejemplo lo poco que saben de Leopardi, el caso omiso que suelen hacer de Carducci, y la poca influencia de Macaulay y de Carlyle. Sólo una moda volandera, de superficial alcance, les llama la atención de vez en cuando hacia un punto ú otro de la rosa de los vientos. Rusia, por ejemplo, ha merecido ser el *tic* literario de París durante estos últimos años; mas, aparte de la intensa impresión que una literatura hermosa, profundamente honrada, llena de esperanzas de ideal en

(1) En materia de *adaptación* sigue Alemania siendo la nación más activa, como observa con razón G. Chiarini al examinar tres recientes estudios de autores alemanes, relativos á Mme. Staël, á Shakspeare y la cuestión baconiana, y á los poetas italianos de mediados del siglo XVIII.

medio de su tristeza, haya podido producir en algunas almas serias y reflexivas, generalmente de las menos vocingleras, el prurito rusófilo no ha sido más que un arranque del *neurosismo*, del boulevard, algo ficticio y que ya empieza á decaer. En los más, el amor á las letras rusas (á una parte de ellas) obedecía y obedece á causas ajenas á la estética; por ejemplo: el deseo de atraer al gran Imperio del Czar á una alianza contra Alemania; la complacencia maliciosa de oponer á los novelistas del naturalismo francés triunfante, otro naturalismo y otros grandes ingenios que eclipsaran á los de casa á ser posible (porque la envidia triunfa hasta de la vanidad patriótica francesa). Añádanse á estas causas la influencia singular de Turguenef, ruso afrancesado, y la crítica estético-moral, suave, clara, simpática y al alcance de todos, de Melchor de Vogüe, el gran propagandista en Francia de Gogol, Tolstoy, Dostoiewski y otros pocos rusos.

De Inglaterra, de sus escritores, también se habla algo en los libros de París de cierto género..., pero no sin protesta de otros escritores. El estar enamorado de los poetas ingleses es una *pose* de los críticos franceses elegantes, de distinción, de los favoritos de las *youthesses*, y no falta quien declare afectación de dandysmo estético el alabar tanto á Keats, por ejemplo; y hasta un novelista

de los mejores se burla de los críticos jóvenes que escriben largos comentarios de las poesías filosóficas de Shelley. Para un Guyau, que se complace en discutir con Spencer y con Grant-Allen problemas de estética; para un Hennequin, que sólo en un inglés, Mr. Posnett, ve un precursor de la crítica científica, hay docenas de críticos franceses que viven bien hallados con no salir nunca de casa en sus excursiones eruditas por los dominios de la estética.

De Alemania no se diga. Contra algunos jóvenes que pretenden estudiar *otra vez* seriamente la filosofía y las letras alemanas, protestan los *viejos* (algunos de treinta años), llamando á los otros la generación del miedo, del sitio, eunucos germanófilos, de ingenio esterilizado por el terror de la invasión que los vió nacer (1). Sea odio, desprecio, ignorancia, ó algo de todo ello, los más de los literatos franceses prescinden hoy por completo de la literatura alemana actual, que muchos de ellos, sin conocerla, califican de nula; y así, por ejemplo, á ningún editor de París se le ha ocurrido publicar una traducción de *Los Antepasados* (*Die Ahnen*), de Gustavo Freitag, ni al hablar del naturalismo y de escuelas que les sirven de anteceden-

(1) Palabras análogas coloca M. Rosny en su novela reciente *Le Termite*, en labios de algún personaje que es símbolo, y en algo retrato, de un escritor insigne.

tes, citan jamás los críticos de París á los novelistas y humoristas alemanes modernos, ni dan á entender que la *Joven Alemania* y las escuelas extremas que la siguieron, representan algo parecido á las tendencias de realistas, *parnasistas*, simbolistas, decadentistas, deliquescentes y demás verdes, azules y colorados de nuestras literaturas latinas del día (1).

Y si de Alemania y de Inglaterra saben, ó aparentan saber tan poco, los literatos de París, ¿qué decir de su *cosmopolitismo* artístico con relación á las letras modernísimas de las potencias de segundo orden intelectual?

De Italia, que es hoy tan fecunda y que tan cerca la tienen, y cuyo idioma es tan fácil, y con la cual han mantenido tantas clases de relaciones, los franceses apenas quieren acordarse. Si algo suena por la crítica de la vecina república el nombre de Carducci, es muy poco, mucho menos de lo que merece, y jamás se habla de Rapisardi, ni de Gabriel D'Annunzio, que no es manco; ni siquiera el naturalismo apostólico se ha dignado hacer mención de los realistas italianos que algo valen, pues ni Capuana, ni Verga, ni Matilde Serao y otros

(1) V. Mielke. *Der deutsche Roman des XIX Jahrhunderts*. (La novela alemana del siglo XIX). Braunschweig, 1890.—Ed. de Morsier.—*Romanciers allemands contemporains*. París, 1890.—Lévy-Bühl.—*R. des Deux Mondes*, 1892, 15 de Marzo.

escritores y escritoras de esta tendencia, merecen desprecio ni olvido. (En una novelita de Capuana, de la colección *Homo*, está en germen aquel *poema de la propiedad urbana*, que se lee en *Au bonheur des dames*, de Zola) (1).

¿Qué sucederá respecto de otras literaturas más lejanas y oscuras? Como no sea en diccionarios y enciclopedias, ó en algún resumen de carácter didáctico, en cualquier biblioteca de *historias* de literaturas modernas, apenas se encuentran estudios que se refieran á los autores, v. gr., de la Grecia moderna; y en cuanto á la actividad poética de los pueblos europeos del Norte, tan digna de ser tomada en consideración, harto poco se sabe de ella en París, cuando escritor tan ilustrado y discreto como Eduardo Rod (uno de los jóvenes que trabajan en el estudio del arte extranjero: *Leopardi*, *Los pre-rafaelistas ingleses*; *Wagner*, *Los veristas italianos*; *Amicis*), llega á decir en su prefacio al *Teatro* de Enrique Ibsen, traducido, en parte, al

(1) No tengo noticia de que en Francia se haya publicado todavía estudio tan completo acerca de la poesía contemporánea italiana, como el dado á luz por un crítico croata, Jaksá Cedomil, en el *Vienac*, periódico literario de Zagabria. Este trabajo abarca desde Aleardi, Prati y Zenella, hasta los *decadentes*: Conforti, Serao, Paoletti. El mismo Cedomil anuncia otro estudio acerca de la novela moderna italiana, hablando de Verga, Capuana, Fogazzaro, etc. Su plan es análogo al de Tannenbergh respecto de España.

francés del noruego por M. Prozor (1): «Por acá sabemos muy poco de las costumbres y de la sociedad de los países del Norte. A no ser los cuentos de Andersen y algunas novelitas de Bjøensen, nada conocemos de su literatura. Los nombres de sus escritores pasados y presentes nos son casi desconocidos enteramente. De cuando en cuando algún crítico cita á Jorge Brandes (es verdad, como Hennequin, para llamarle imitador de Sainte-Beuve); pero los demás, los Søren Kierkegaard, los Essaiás Tegner, etc., apenas los espíritus más cosmopolitas sospechan que existen.»

Por lo que toca á los españoles, á pesar de ciertas apariencias, no creo que salimos mejor librados de la ignorancia *querida*, como ellos dicen, voluntaria, de los franceses. No nos verán como una lejana *Tulé*, perdida entre la nieblas; pero aun con nuestro sol diáfano y todo, que á ellos les parece el sol de Africa, nos ven bastante borrosos, suponiendo que nos miren.

Lo que suelen saber los franceses, aun los de buena fe, de nuestra España, me recuerda aquel diplomático del *Mandarin* de Eça de Queiros, aquel ruso ó alemán que allá en China, ante un portugués, queriendo elogiar la patria de Camoens,

(1) Albert Savine, éditeur: París. Comprende: *Les Revenants* y *La maison de poupée* (en alemán, *Nora*. Gubernatis le da el nombre alemán en su *Historia*).

sólo se le ocurre exclamar: «¡Oh, Portugal, *das Land wo die Citronen blühen!*»; y como una señora le advierta que *Mignon* no se refiere á Portugal, sino á Italia, añade imperturbable: «¡Ah, bien, Italia, sí; de todos modos, Portugal..., es un hermoso país!» Los franceses nos confunden á nosotros con los moros y con los mismos italianos muy fácilmente; y, en todo caso, siempre están dispuestos á rectificar: «¡Oh, España, un hermoso país!»

Concretándome á la literatura, diré que aun la presente, con toda su pobreza, merece una atención mucho más seria y asidua que la que á ratos, sin gran intensidad en el atender nos conceden á veces los escritores de la vecina República. Por lo pronto, se puede asegurar que ningún gran escritor francés, ningún crítico de primera línea, sabe cosa de provecho de la España actual, y menos de su literatura. No hay que hacerse ilusiones. Son muy de agradecer y apadrinar los esfuerzos de tal cual escritor laborioso, inteligente, perspicaz, de buen gusto y sanísima intención, que en París da voces para que le oigan hablar de los poetas, novelistas, críticos, etc., de España; pero lo cierto es que ningún Taine, ningún Renan, ningún Sainte Beuve, ni siquiera un Brunetière, Lemaitre, Bourget, etc., etc., se han fijado en nosotros. Taine, al empezar su *Historia de la literatura inglesa*, dice que también merecía la española ser escrita...; pero él la deja,

porque esa historia es muy corta; empieza tarde y se acaba muy pronto, mucho antes de haber nacido nosotros; según Taine. Por eso, en esa *literatura comparada*, que ahora recomiendan los críticos (v. g., Posnett, inglés) (1), no cabe estudiar lo que el arte literario español moderno es en el pensamiento de los literatos franceses; ellos que han podido estudiar á los *extranjeros afrancesados* (Hennequin, en un libro que consagra á este asunto), no nos dan ocasión á nosotros para estudiar á los *franceses hispanizantes...*, porque, en rigor, no los hay. Hay, sí, algunos aficionados á nuestra literatura, aun la moderna; pero sin ofensa de nadie, se puede decir que en la lista de esos nombres respetables y algunos muy conocidos, no figura el de ninguna eminencia literaria, ni siquiera el de alguno de esos *cosmopolitas*, que empiezan á asomar en la juventud artística francesa, como Sarrazin, el citado Rod y otros pocos. Nada más difícil, ha dicho Rousseau, que la filosofía de lo que tenemos cerca; pues esta dificultad la encuentran, por lo vis-

(1) *Comparative literature by Hutcheson Macaulay Posnett*, London: Kegan Paul, Trench, et Co., 1886, M. Posnett pretende tomar un puesto en las fronteras de la literatura y de la ciencia. Los cinco libros de su obra se titulan así: I. *Introduction* (Trata del concepto de la literatura, de su relatividad, de su progreso y del método comparativo.)—II. *Clan literature*.—III. *The city commonwealth*.—IV. *World literature*.—V. *National literature*.—El trabajo de Mr. Posnett merece examen.

to, sus compatriotas en materia de letras; nos tienen tan cerca, que no nos encuentran la filosofía. Y sin embargo, la tenemos. ¡Ya lo creol! Algo triste por lo presente, pero poética por los recuerdos, y acaso un poco por las esperanzas.

No sé si con esta franqueza me tendrán por ingrato los apreciables y muy discretos y muy instruidos escritores y escritoras franceses, y españoles domiciliados en Francia, que una y otra vez me han honrado hablando de mi humilde persona en los periódicos y revistas de París; y también ignoro si el castigo de esta supuesta ingratitud será prescindir de mí en adelante, al enumerar á los españoles que tenemos la gracia de escribir: sea como Dios quiera, y vaya todo por Dios; pero la verdad es la verdad, y aquí consiste en decir que hasta ahora no ha entrado en la conciencia del artista y del crítico francés la idea del espíritu español literario, según es en nuestros días. Tal vez en otros países, á pesar de ciertas apariencias, no tenemos mejor fortuna.

A pesar de lo dicho, siempre merecerán gratitud y consideración los esfuerzos laudables de los Lugol, Savine, L. García Ramón, Leo Quesnel (una señora, según tengo entendido), De Frezal, Aquarone, Latour, y algunos más que en artículos y hasta libros de crítica, en traducciones y de otras maneras, procuran llamar la atención del público

francés hacia nuestras letras contemporáneas; no por vía de erudición, no con la pretensión de hacer estudios clásicos, sino refiriéndose á la literatura del día, al movimiento artístico actual, en trabajos de *información*, en que no se aspira más que á dar resonancia á las letras castellanas.

Boris de Tannenberg es uno de los escritores extranjeros que más cariño tienen á nuestra literatura. Boris de Tannenberg es un francés... que es ruso. Nació en Rusia; su señor padre fué desterrado por el delito de tener en su biblioteca libros que parecieron sospechosos á la policía del Czar. Desde niño vivió Boris en Francia, en París, con su madre, muy pronto viuda.

Un día, comiendo en casa del ilustre director de *Le Temps*, nuestro Castelar, en su viaje anterior al que ahora termina con tanta gloria para España, se encontró con un joven, muy joven, que hablaba español con admirable corrección y pureza. Aquel muchacho le habló de algunos escritores españoles, amigos de Castelar, como de personas á quienes viera todos los días. Castelar le aconsejó que visitara nuestra tierra para acabar de conocerla. Pocos meses después, Boris de Tannenberg llegaba directamente de París á una ciudad del Norte de España, y llegaba conversando con sus compañeros de viaje, como si toda la vida se hubiera paseado por Castilla. Era la primera vez que entraba en la Pe-